

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

ALOCUCION

de Su Santidad el Papa Pío IX en la reunion pre-
paratoria para el Concilio, celebrada en la Ca-
pilla Sixtina el 2 de Diciembre.

Venerables Hermanos: Debiendo abrir dentro
de pocos días el santo Concilio Ecuménico, nada
nos ha parecido más oportuno y más grato
que dirigirlos la palabra, venerables hermanos,
en este momento en que agrupados alrededor de
Nos, según nuestro deseo, podemos expresar el
vivo afecto que sentimos en lo íntimo del co-
razón por vosotros todos. Como se trata, en
efecto, de un importantísimo asunto, cual es el
de hallar remedio a tantos males como los que
en esta época turban la sociedad cristiana y la
sociedad civil, Nos hemos creído que era digno
de nuestra solicitud apostólica, y conveniente
a la importancia de tan grande empresa, pedir
para vosotros al Dios clementísimo la asistencia
de su bendición como Padre de toda gracia. Nos
hemos creído igualmente necesario daros las re-
glas, consignadas y publicadas en nuestras Le-
tras Apostólicas, para que todo se haga con re-
gularidad y con orden. Tal es, venerables her-
manos, el objeto de esta Santa Asambléa, ya que
por la gracia de Dios y de su Santa Madre se han
cumplido nuestros votos. No bastan, venerables
hermanos, las palabras para expresar el grande
consuelo que Nos dá ese ansia tan legítima por
vuestra parte en responder al llamamiento apos-
tólico y acudir de todos los puntos del universo
católico a esta noble ciudad para el Concilio
convocado por Nos, reuniéndonos a nuestro alre-
dor, y siendo tan caros a nuestro corazón por
vuestro ardor admirable para promover el reino
de Jesucristo y sufrir persecuciones por Nuestro
Señor.

Esta reunión, venerables hermanos, es para
Nos tanto más preciosa, cuanto Nos seguimos
las huellas de los Apóstoles, que nos han dejado
grandes ejemplos de su unión íntima con el di-
vino Maestro. La Escritura santa nos muestra,
en efecto, que cuando Nuestro Señor Jesucristo
recorrió las ciudades y las aldeas de Palestina
predicando y anunciando el reino de Dios, los
Apóstoles, movidos por el mismo celo, se halla-
ban a su lado, acompañándole los doce, como
dice San Lucas, por donde quiera llevaba sus
pasos. Esta unión de los Apóstoles se muestra
especialmente cuando el Maestro celestial, le-
vantando la voz en Cafarnaúm ante los judíos,
discurrió largamente sobre el misterio de la di-
vina Eucaristía. Entonces, en efecto, cuando
aquella multitud, dejándose llevar de una idea
grosera y carnal, no pudiendo creer en tal ma-
rallla del amor, se separó como con disgusto del
Maestro, cuando muchos discípulos también,
según el testimonio de San Juan, se alejaron y
dejaron de seguirle, no sufrió el Señor, como
sabéis, la pérdida de la veneración de los Apóstoles,
y habiéndoles preguntado Jesús si también ellos
iban a abandonarle, Pedro, alfiado por la dnda,
exclamó: «Señor, ¿a quién iríamos?» Y dió a se-
guir la razón que le hacía seguir al Señor con
fe constante: «¿Tú tienes las palabras de vida
eterna?»

Trayendo a la memoria estos recuerdos, ¿qué
cosa más dulce podemos tener más profunda-
mente grabada en el corazón? Ciertamente, ni
aun en esa reunión formada en nombre de Je-
sucristo, nos libraremos de la lucha y de las con-
tradicciones. El hombre, enemigo que desea es-
pecialmente sembrar cizaña, no estará ocioso;
pero el recuerdo de la firmeza y constancia apos-
tólica que merecieron este elogio del Señor:
«Vosotros habéis permanecido conmigo en los
días de las pruebas»; el de la declaración positiva
de Nuestro Redentor: «Quien no está conmigo,
está contra mí», y en fin, nuestro deber nos obli-
ga a hacer todos los esfuerzos posibles para se-
guir a Nuestro Señor Jesucristo con fe inque-
brantable, permaneciendo siempre con corazón
unánime adheridos a Él.

Tal es, en efecto, venerables hermanos, la si-
tuación en que Nos vemos, y en la que desde
hace mucho tiempo venimos librando ruíos con-
flictos con numerosos y terribles enemigos. Es,
pues, necesario que nosotros Nos sirvamos de
las armas espirituales de nuestra milicia, y que
soportemos todo el choque del combate, apoyán-
donos en la autoridad divina, y parapestando
de la oración y de la constancia. Pero no se tema
que las fuerzas nos falten en esta lucha, si nosotros
queremos fijar nuestros ojos y nuestro espíritu
en el autor y consumidor de nuestra fe. Porque
si los Apóstoles, unidos por la vista y por el
pensamiento a Jesucristo, alcanzaron fuerzas y
valor para soportar valerosamente todas las
pruebas, nosotros también, en la constante con-
templación del misterio de nuestra Redención,
de donde emana una virtud divina, encontrare-
mos fuerza y energía para triunfar de las ca-
lumnias, de las injusticias y de los engaños de
nuestros enemigos, teniendo el gozo de conse-
guir de la Cruz de Cristo la salud para nosotros
mismos, y aun para los muchos desgraciados que
viven fuera del camino de la verdad.

Pero no es bastante la contemplación de nues-
tro Redentor; es necesario que esta contempla-
ción vaya revestida de una gran docilidad de es-
píritu, a fin de que escuchemos su enseñanza
con toda la humildad y ternura de nuestro co-
razón. Porque lo que el Padre celestial ha orde-
nado en el momento en que Cristo Nuestro Se-
ñor revelaba su gloria en la cumbre de una mon-
taña a presencia de los elegidos: «Este es mi Hi-
jo amadísimo en quien Yo he puesto todas mis
alegrías, escuchadle», nosotros debemos cum-
plirlo escuchando a Jesús con respetuosa aten-
ción, y escuchándole en todo sin duda alguna,
pero más principalmente en lo que Él mismo,
previniendo las dificultades con que se había de
luchar, hizo muchas veces objeto de ruego a su
Padre, y tuvo presente en la última cena: «Pa-
dre Santo, conserva en vuestro nombre a los
que Vos me habéis dado, a fin de que ellos sean
uno, como nosotros somos uno». Que todos ten-
gan en Jesucristo una sola alma y un solo co-
razón. Ningún consuelo habrá mayor para nosotros
que el de prestar dócil oído a las advertencias de
Cristo; y he aquí la razón de reconocer que esta-
mos con Él, y que en nosotros encontraremos la
prenda evidente de eterna salvación. «Porque el
que es de Dios, escucha la palabra de Dios».

Que Dios Todopoderoso y misericordioso, por
la intercesión de la Virgen Inmaculada, confir-
me con su gracia estas palabras de nuestra Alo-
cución pontificia, que salen del fondo de nuestro
corazón, y que Nos sea propicio para que ellas
consigan numerosos frutos. (Que el Señor vuel-

va su rostro hacia vosotros, venerables herma-
nos, y que colme con la gracia de sus bendicio-
nes vuestros cuerpos y vuestras almas; vuestros
cuerpos, para que tengáis la fuerza de sufrir va-
lientemente y con alegría las fatigas insepara-
bles de vuestro ministerio; vuestras almas, para
que, henchidas de gracia celestial, deis el glorio-
so ejemplo de verdadera vida sacerdotal y de to-
das las virtudes que son necesarias para salvar
el rebaño de Cristo. ¡Que la gracia de esta ben-
dición os acompañe constantemente, y os inspi-
re todos los días de vuestra vida, a fin de que
ellos sean llenos de santidad y de justicia, obte-
niendo el fruto de vuestras obras, en las cuales
encontraréis la verdadera riqueza y la verdadera
gloria! Y que también nosotros podamos, des-
pués de haber recorrido dichosamente nuestra
mortal peregrinación, decir en el último día de
nuestra vida: «Yo me he alegrado de las pala-
bras que se me han dicho; nosotros iremos a la
mansión del Señor; y nos sea dado encontrar
abierto el camino de la santa montaña de Sion,
de la Jerusalén celestial».

Al mismo tiempo que el documento anterior,
recibimos el texto de dos intimaciones, llevadas
a domicilio por los uigeros a los miembros del
Concilio. La primera, para convocarles a la con-
gregación pro sinodal, que ha tenido lugar el
2 de Diciembre de 1869, a las diez, en la ca-
pilla Sixtina; y la segunda, para invitarles a ir
el 8 de Diciembre, a las ocho y media, al palacio
apostólico del Vaticano; para la apertura del
Concilio.

He aquí la fórmula del juramento que han de
prestar los oficiales del Concilio Ecuménico del
Vaticano:

«Nosotros, elegidos por Vuestra Santidad ofi-
ciales del Concilio Ecuménico del Vaticano, con
la mano sobre los Santos Evangelios, prometemos
y juramos cumplir fielmente el empleo con-
fiado a cada uno, y no divulgar ni esparcir fuera
del seno del Concilio, ninguna de las cosas que
sean propuestas a su examen, ni sus discusiones
y sentencias, y antes bien guardar la inviolabi-
lidad del secreto en todas estas cosas, del mismo
modo que en las que nos sean especialmente con-
fiadas».

Yo, N. N. (nombre y apellido del oficial), ele-
gido para el empleo de (nombre del empleo),
prometo y juro según la fórmula leída.

Así Dios me ayude y estos Santos Evan-
gelios.

CÓRTEES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 9 de Di-
ciembre de 1869.

PRESENCIA: 100.
RÍVERA.

Abierta la sesión a las dos y cuarto, y leída el
acta de la anterior, fué aprobada.

Se leyó el dictamen de la comisión sobre la
proposición pidiendo una información parla-
mentaria relativa a los hechos denunciados por
el ministerio de Hacienda de la sustracción de las
alhajas de la corona, proponiendo que se nombre
una comisión de 14 individuos que depuren los
hechos y los expongan a las Cortes, cuyo dicta-
men quedó sobre la mesa.

Dióse cuenta de los trabajos que había enco-
mendados a las diversas comisiones, de la época
en que se constituyeron y de las reuniones que
han celebrado.

El Sr. MATA dijo que la comisión de regla-
mento ha terminado ya su trabajo, y que sólo
faltaba discutirlo en el seno de ella para presen-
tarlo a las Cortes.

El Sr. GARRIDO (D. Fernando) dió explica-
ción sobre los trabajos de otra comisión a la cual
pertenece.

El Sr. GODINEZ DE PAZ dijo que la comi-
sión del proyecto de ley relativo al ferrocarril
de Malpartida retiraba el art. 3.º para redactarlo
de nuevo.

Se entró en el orden y se puso a discusión el
proyecto de ley levantando la suspensión de las
garantías constitucionales.

Abierto el debate sobre este dictamen, dijo
el Sr. OCHOA (D. Cruz): Señores diputados:
he pedido la palabra en contra del dictamen que
se acaba de leer, no para impugnarlo ni dirigir
cargo alguno al Gobierno por el uso que haya
hecho de esa autorización, ni por haber faltado
a la misma ley y a la palabra solemnemente em-
peñada de que solo duraría esa suspensión mien-
tras durase la rebelión republicana federal ar-
mada, porque todo esto no tendría más resulta-
do que el de demorar la aprobación de esta ley.
Día vendrá en que se hable de lo que yo hoy no
quiero traer al debate: cuando las oposiciones
dentro de la batalla que llegará por sus precisos trá-
mites por medio de la interpelación que el señor
Castelar anunció, se tratarán ampliamente es-
tos puntos. Hoy solo trato de pedir algunas ex-
plicaciones al Gobierno acerca del modo como
ha de cumplir la Constitución en lo sucesivo, es-
pecialmente con los que venimos a sustentar
una causa no abominada ni abominable como se
decía en el preámbulo del proyecto presentado,
si no completamente simpática al pueblo español.

Si solo hubiera de tenerse en cuenta lo que ha
sucedido con los que no han sido amigos de la
revolución de Setiembre, poco habrían de impor-
tarnos esas garantías consignadas en la Consti-
tución democrática, que no han sido más que
ilusiones engañosas para nosotros; pero yo soy
hombre de ley, y siquiera no la crea tan buena
como vosotros, puesto que nos hallamos en cir-
cunstancias revolucionariamente normales, quie-
ro que se cumpla, porque por mala que me pa-
rezca, la encuentro mucho mejor que una dic-
tadura, y sobre todo, que la dictadura del señor
general Prim. Al menos con esa ley tendremos
el recurso de invocar nuestro derecho contra los
atropellos y los ataques de la arbitrariedad, y
cuando las garantías no sean respetadas, ten-
dremos no solo el derecho, sino el deber de exi-
gir el cumplimiento de la ley.

Yo deseo que el Gobierno diga al país como
piensa cumplir la Constitución y cómo entiende
las garantías, pues hasta ahora, sin la sus-
pensión de las garantías, para los que no hemos
sido amigos de la revolución, la ley fundamental
ha sido un papel escrito y no otra cosa.

Aun no se había escrito en vuestro Código esa
preciosa conquista, como vosotros decís, de la
libertad del pensamiento, cuando por orden
de un gobernador se prohibía la lectura de la
pastoral de un señor Obispo y se recogía por los

alcaldes de los pueblos, y cuando por otros go-
bernadores se prohibían las funciones de des-
agravio y las anunciadas en obsequio de la In-
maculada Concepción, que se negó en esta
Asamblea; y si estas no se prohibían, se impedía
que se produjera, llegando hasta a llevar a la
cárcel en Madrid a un digno orador sagrado.

Poco tiempo hacía, señores, que se había pu-
blicado la Constitución, y varias turbas invadia-
ban a sus redactores e impedían su publica-
ción: muchas señoras tuvieron necesidad, para
no ser insultadas, de suprimir varios adornos en
sus trajes y peinados, viendo muchos comercian-
tes asaltados sus establecimientos para sacar de
ellos y quemar en medio de la calle ciertos ob-
jetos en medio de la mayor impunidad.

Lo mismo que ha sucedido con esa preciosa
conquista de la civilización moderna, que decís,
ha tenido lugar con otros derechos. No ha habi-
do inviolabilidad de la correspondencia, del do-
micilio, ni seguridad personal; nada. Es imposi-
ble que los señores diputados ignoren lo que ha
ocurrido respecto de estos puntos. ¿Quién no
tiene las pruebas más cumplidas de que todos
esos derechos han sido ilusorios para los que no
son amigos de la revolución?

Ahora bien; ¿piensa el Gobierno restablecer
los derechos que consigna la Constitución, para
que las autoridades, y si no estas, las turbas, ar-
rogándose una autoridad que no tienen, vuelvan
a hacer lo que han ejecutado antes? ¿Cree el Go-
bierno que podremos continuar así? Juzga que
la paciencia del pueblo español ha de ser tanta
que ha de consentir tan notoria falta a sus dere-
chos? Yo espero que el Gobierno, comprendiendo
que no puede continuarse de este modo, se com-
promete a hacer que se cumpla con todos los
ciudadanos la Constitución.

Pero hay más: en la Constitución se han con-
signado ciertos derechos individuales sin limi-
tación de ningún género: el de asociación es uno
de ellos; y sin embargo, para los católicos no
existe ese derecho. Mañana podrán los republi-
canos abrir sus clubs, y los masones reunirse en
sus lógis como lo han hecho antes, mientras
los claustrales han estado cerrados y los católicos
no han podido reunirse ni para ejercer la cari-
dad. ¿Piensa el Gobierno, pues, al restablecerse
los derechos individuales, dejar que los carlistas
creen sus círculos como los republicanos? ¿Se
pueden abrir los claustrales y crear asociaciones
monásticas, ya para la caridad, ya para la ins-
trucción, o puramente místicas? Es preciso que
esto se diga.

Expuestas estas observaciones, tengo ahora
que rechazar una apreciación consignada en el
preámbulo del proyecto de ley, pues en él se dice
que hay una causa abominada, y no podemos
consentir que se diga esto sin pruebas que segun-
tamente no hay posibilidad de presentar. Yo no
debo hacer algunas indicaciones para apoyar mi
negativa.

¿Por qué esa causa es abominable? ¿Lo es por-
que se apoya en la tradición y no en el sufragio
universal, y porque puesta en parangón con
otras se la considera peor? Pues yo os diré que
es mejor que la que vosotros podéis apoyar, por-
que la causa que nosotros sostenemos se apoya
en la tradición, en la historia y en la legiti-
midad, sin que acepte la tradición con todos esos
defectos y errores que vosotros la atribuis, pues
la acepta a beneficio de inventario, admitiendo
su espíritu, pero revestido de la forma útil y
necesaria en la actualidad, porque el tiempo no
ha pasado solo para vosotros, ha transcurrido
también para nosotros. No podéis decir que que-
remos venir a traer la Inquisición y la tiranía,
pues nosotros podemos contestaros que eso es
una equivocación, y si hasta ahora hubiese es-
error, de hoy en adelante no puede suponerse
sin calumnias.

Esa causa tiene hasta el prestigio de las de-
claraciones que se han hecho aquí, pues se ha
dicho que todo eso que se llama preocupaciones
está por D. Carlos VII y por la unidad católica;
y si esto así es, reúne esa circunstancia más en
su favor para ser la más aceptable para España.
Y si no, hacéis la prueba: proceded a la elección
del monarca por medio de un plebiscito con la
más amplia libertad, y vereis por quién está el
pueblo español. Haced, pues, esto, y dejad de
decir todo eso, que no puede servir más que para
asustar a los incautos, y pues D. Carlos ha di-
cho ya que quiere se haga una Constitución
verdaderamente definitiva y española, sin nece-
sidad de copiar, como vosotros hacéis, las ex-
tranjeras, hecha por unas Cortes generales, la
que habrá de ser cumplida por todos, sirviendo
en los casos ordinarios y extraordinarios, evi-
tando el que suceda lo que con las vuestras, que
solo sirven para los casos ordinarios o menos que
para los ordinarios, y que, a no hallarme en este
sitio, podría llamarlas de pega.

Si pues han de reunirse unas Cortes generales
que hagan las reformas importantes que han de
hacerse, ¿por qué decir que con D. Carlos ven-
drán la tiranía y el despotismo? Por de pronto,
D. Carlos de Borbón de Austria y de Este lleva
conigo el prestigio de la legitimidad, es español
y mayor de edad, mientras que la dinastía que
vosotros queréis traer es extranjera y consigo
viene la minoridad, que es una de las mayores
calamidades....

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez):

Llamó a V. S. a la cuestión, señor diputado.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Y bien, señores, si
implantáis una dinastía extranjera empezando
por una minoría, ¿qué sucederá? Sucederán
grandes desgracias y complicaciones para el país
sin ventaja alguna; porque si esa dinastía nos
trajera siquiera el peñón de Gibraltar, ¿se re-
cobraría alguna de las posesiones perdidas, ten-
dría disculpa. Pero nada de eso; ese candidato
nos traerá las complicaciones que son de es-
parar atendido el estado de Italia....

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez):
Vuelvo a advertir a V. S. que está fuera de la
cuestión.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Estoy desvanecien-
do la aseveración hecha de que la causa de don
Carlos es abominable.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez):
la presidencia no puede tolerar el giro que va
dando V. S. a su discurso. Procura V. S. ceñirse
más al objeto que se discute.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): D. Carlos tiene ad-
más, para no ser abominable su causa, una ven-
taja sobre los demás candidatos; ser español,
mayor de edad y además rey de los españoles, no
rey de camarilla, o de un partido, como el que
queréis traer rebuscando votos.

Y, señores, los reyes no se hacen de esa mane-
ra; los reyes nacen, no se imponen.

Y concluyo reiterando al Gobierno la pregun-
ta relativa a cómo va aplicar desde mañana la
Constitución, y mi deseo de que los derechos
individuales se apliquen igualmente para todos.
Y dicho esto, me siento con disgusto por no po-
der continuar.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo
que no comprendía cómo el Sr. Ochoa se queja-
ba de la arbitrariedad contra el partido carlista,
siendo así que ese partido, antes y ahora y siem-
pre estaba en armas y conspirando y faltando a
la ley; y sin ir más lejos, ayer mismo en un pue-
blo de Castilla hubo fines al grito de Carlos VII.

Dada la actitud y el cinismo de ese partido,
cuya conducta era censurable en todas ocasio-
nes, claro era que el Gobierno no podía prescin-
dir de perseguir su fanatismo y sus conspira-
ciones.

Recordó las luchas estériles del carlismo, y la
abundante sangre en esas luchas derramada, y
negó que una causa que tantas lágrimas costó,
pueda aspirar hoy, por medio de la guerra, a lle-
gar al dominio del país. Si D. Carlos quería ha-
cer la felicidad de los españoles, que acuda a la
opinión y consiga levantar un trono en la opi-
nión, pero no que por medio de la sangre se alee
sobre las ruinas y los cadáveres de un pueblo in-
fortunado.

Y terminó diciendo que D. Carlos, intentando
nuevas aventuras, solo hacía más abominable
su causa y mayores los odios del pueblo.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): El Sr. Muzquiz con-
testará al elocuentísimo discurso del señor mi-
nistro de la Gobernación, por lo cual yo voy a
limitarme a rectificar brevemente.

Ha dicho el Sr. Sagasta que D. Carlos no quie-
re apelar al pueblo y que pretende obtener la
corona envolviendo a España en la guerra civil.
No; D. Carlos detesta la guerra civil, y aun
cuando sus partidarios con más o menos pre-
cipitación y acuerdo promovieran algún movi-
miento como el del verano último, no será como
el que S. S. ha indicado, sino como el que en
efecto ha tenido lugar, y que el señor ministro
de la Gobernación describió otro día de bien dis-
tinta manera que lo ha hecho hoy. Por lo demás,
quién se ha levantado a pedir que se haga la
elección de monarca por plebiscito, sino los car-
listas? Y cómo dice eso S. S., que pertenece a
un Gobierno que está trabajando para elevar al
trono a un rey de camarilla, a un rey de parti-
do, poniéndose así en contradicción con los mis-
mos principios democráticos que proclama? ¿Y
cómo se atreve tampoco el Sr. Sagasta a evocar
los recuerdos de la guerra civil, tratando del le-
vantamiento carlista de hace pocos meses, que
S. S., combatiendo a los republicanos a propó-
sito de su insurrección de Octubre, nos pintaba
cometiendo excesos, que habían sido co-
mo un modelo de insurrección?

Pues si así han procedido, no hay razón para
asegurar que quieren introducir en España la
guerra civil; y si la lucha viene, a pesar de la
irritación que en ese partido trata de crearse, no
veremos de seguro los horrores a que se ha refe-
rido S. S. Y con esto dejo contestado la mayor
parte de su discurso.

Nuestro candidato, pues, no puede ser imbécil
ni malvado, porque detesta la guerra civil y
tiene otros procedimientos para ocupar legiti-
mamente el trono. En cuanto a eso del alcor-
no que S. S. ha recordado trayendo aquí ha-
billas de periódicos callejeros, debo decirle que
en el supuesto de que D. Carlos hubiera hecho
lo que S. S. indica, sin duda habría sido arras-
trado por la idea que despertaban los grantes
del color que en vascuense significa el apellido
de S. S.; y respecto a lo de imponerse a la vo-
luntad de los españoles, no tienen derecho para
suponer ese propósito en D. Carlos de Borbón
los que con el ejército y la marina se impusieron
al país en Cádiz.

Que la Constitución democrática de 1869 es la
más liberal. A esto contestaré que importa poco
lo sea en su letra si no lo es en la práctica,
pues no se nos permite a los católicos asociarnos
para ejercer la caridad ni para otros fines piao-
sos que están permitidos en Inglaterra, Austria,
Francia, Suiza y otros países donde no hay Con-
stituciones tan liberales como la vuestra.

Por último, yo creía que el Sr. Sagasta debía
tener la convicción de que D. Carlos no quiere
ser rey a todo trance; creía que S. S. sabía per-
fectamente que D. Carlos no quiere la corona
haciéndose representante de ciertos principios.

El señor ministro de la Gobernación dijo que
si D. Carlos no quería la guerra civil, no com-
prendía por qué procuraba allegar recursos para
sobreponerse a la voluntad nacional, y era lógico
comprender que D. Carlos quería la guerra y
sobre la guerra la corona, lo cual prueba que
D. Carlos es un malvado o un imbécil.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Daré al Sr. Sagasta
la explicación que pide. Como yo no tengo a don
Carlos de Borbón por imbécil, al oír a S. S. ha-
blar del suceso del alcorcho dije que no podía
haber hecho lo que se dice sino arrastrado por
cierto color usado en los grantes, y que se re-
presenta en vascuense por el apellido de S. S.;
pero de todas maneras, yo no he querido ofender
con esto al Sr. Sagasta, y puede S. S. estar tran-
quilo. (Murmulló.)

El señor ministro de la GOBERNACION: Me
basta la aclaración de S. S.; pero debo decirle
que un candidato que aspira a nada menos que a
un trono y puede dejarse llevar por un color de
grantes para cometer una imbecilidad, es un
candidato que no quiero calificar en este in-
stante.

El Sr. RUIZ GOMEZ dijo algunas palabras en
nombre de la comisión.

El Sr. MUZQUIZ: Quiera la suerte que siem-
pre tengo que molestar la atención de la
Cámara he de hacerlo sin haber podido preparar
mis ideas. No pensaba tomar parte en este de-
bate, proponiéndome dejarlos en paz en los pocos
momentos que os quedan; pero al oír al señor
ministro de la Gobernación, no he podido menos
de pedir la palabra para contestar, siquiera sea
lijeramente, a la calificación que S. S. se ha
permitido hacer de la causa carlista, de causa
abominable y abominada, cuando es la causa
que permanece fiel a sus principios. ¿Es abomi-
nable y abominada una causa que confía en sus
propias fuerzas, ó es la de un Gobierno que
no quiere acudir al sufragio universal para con-
stituir al país, ó es la de los que sacando las
tropas de los cuarteles excitan a los sargentos a
que asesinen a sus oficiales, queriendo después

premiar a los que se fueron huyendo de tan atroz
delito?

Pudiera hacer la defensa de D. Carlos y de su
partido; pero en realidad no lo necesito, porque
se ha encargado el Gobierno de esta tarea, y me
limitaré a pronunciar algunas palabras dentro
del círculo de la discusión presente. Bien con-
siderado, para nosotros es completamente igual
que existan ó no suspendidas las garantías indi-
viduales. Pues qué, ¿hay quien ignore que en
necesidad de esas facultades se han arrancado
del seno de sus familias a centenares de indivi-
duos? ¿Ha sido necesaria la suspensión de las
garantías consignadas en el Código fundamental
para apalar a la luz del día a los redactores de
los periódicos? ¿Han sido indispensables esas fa-
cultades extraordinarias para conceder indultos
a los republicanos con mucho gusto nuestro, y
negárselo a los carlistas?

Si recordais el manifiesto de la junta de Ma-
drid, convendréis conmigo en que allí se pro-
clamaban los principios que la revolución pen-
saba establecer, y se consignaba que la forma
lógica de los principios admitidos era en último
resultado la republicana.

Una Constitución en que se proclamaban esos
principios y se daba otra forma de Gobierno,
constituía a los republicanos fuera de la ley;
pero la verdad es que los principios proclamados
eran los suyos y que los republicanos hicieron
una propaganda de que casi no hay ejemplo en
la historia. Yo lamento la sangre vertida en la
lucha a que se ha venido a parar después; pero
¿quién tiene la culpa? Indudablemente no son los
republicanos, sino el Gobierno que ha admitido
principios que no son los suyos.

La comisión hasta cierto punto ha injuriado
al Sr. Ochoa suponiendo que se había hecho algo
liberal.

La libertad no consiste en definir derechos,
sino en enseñar al pueblo a usar de ellos debida-
mente. ¿De qué sirve consignar todas esas de-
claraciones de derechos, si no sabemos cómo ha
de usar de ellos el pueblo? ¿De qué sirve consignar
esas garantías, si no se ha dicho cómo se han de
entender? Respetaré al Gobierno esta Consti-
tución de diferente manera que se ha hecho hasta
ahora. En ese caso, nada tiene que temer por aho-
ra del partido carlista; el peligro pudiera estar
en otra parte, y no sé yo hasta qué punto pue-
den tener valor esas recomendaciones para la
subordinación y disciplina del ejército, cuando
por otro lado se recompensa y premia a los in-
subordinados.

¿Será la Constitución que ha querido decir el
señor Ochoa que dará D. Carlos? Pues es la del
que siempre han encontrado neutral las discor-
dias de los partidos. Sus garantías están repre-
sentadas en los que en tierra extranjera han sabido
gubir, y en la tierra patria, sin ensangrentar las ciudades
ni cometer delito alguno; están, por último, re-
presentadas en aquel partido que después de
treinta y tantos años de persecuciones y agravios
no ha tenido más que una voz: salud a la
majestad caída; respeto a la desgracia.

El Sr. OCHOA Gomez rectifica.

El Sr. RUIZ GOMEZ (D. Cruz): El Sr. Muzquiz ha
podido suponer esa injuria ateniéndose a la ma-
terialidad de la palabra. Yo, creyendo en la bue-
na fe de S. S., convengo en que si no me ha in-
jurado en intención, ha cometido un grave erro-
r al suponerme que soy liberal. Suele creerse
que uno es liberal porque pronuncie con fre-
cuencia ciertas palabras, y no hay semejanza
cosa.

El liberalismo se refiere a principios y no a
formas determinadas de Gobierno; por eso la es-
cuela a que tengo la honra de pertenecer sos-
tiene que el liberalismo cabe dentro de todas
las formas de Gobierno.

El Sr. MUZQUIZ: Si el Sr. Ruiz Gomez cree
que le he agraviado en lo que antes he tenido el
honor de decir respecto al liberalismo del señor
Ochoa, será porque crea que la calificación de
liberal injuria a lo que lleva.

Por lo demás, lo que el Sr. Ochoa se ha servi-
do exponer está conforme con nuestro mani-
fiesto a los electores.

El Sr. RUIZ GOMEZ: Yo no injurio ni puedo
injuriar a nadie; protesto contra esas palabras;
aquí tenemos el deber de respetarnos y discutir
cortésmente.

El Sr. MUZQUIZ: Pido que se escriban esas
palabras; yo no puedo consentir que nadie me
venga a dar lecciones de cortesía.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez):

El Sr. Ruiz Gomez ha sentado un principio
exacto, pero sin ánimo de ofender a S. S.

El Sr. MUZQUIZ: Si S. S. lo entiende así, no
insisto.

El Sr. MORALES DIAZ, como de la comisión,
contestó manifestando que dadas las ideas po-
líticas del Sr. Muzquiz, no era extraño que com-
batiera el restablecimiento de las garantías con-
stitucionales.

mo los demás, esto es, después de revisado por la comisión de estilo se pusieron a votación antes que el indicado, otros proyectos de ley.

Fueron los primeros el proyecto de desvinculación de los bienes del patrimonio de la corona, y el relativo á que se cubran las vacantes de diputados. Estos proyectos, gracias á que estaban desvinculados algunos diputados de los que hubieran podido pedir votación ordinaria, fueron aprobados en votación ordinaria. Varios diputados pidieron que se votase antes que otro alguno el proyecto sobre garantías individuales; pero no hubo remisión; ese proyecto quedó postergado.

Púsose otro á votación, el que declara no admisibles á los empleos públicos á los que no hayan jurado la Constitución; y este, á petición de algunos diputados, se votó nominalmente, resultando aprobado por 135 votos contra 50.

En seguida se puso á votación el famoso proyecto de cesión de terrenos al ayuntamiento de Barcelona; pero este no pasó, porque pedida votación nominal resultó no haber suficiente número de diputados.

Lo que esto significa bien claro está; que hay muchos diputados que no quieren aprobar ese proyecto ni otros que hace tiempo están discutidos. Pero el Gobierno se agarra al proyecto de ley derogando la suspensión de garantías individuales, y dice: «O aprobáis todos los proyectos anteriores á este, ó seguiremos sin garantías individuales.»

El dilema es duro, y veremos cómo se portan los diputados.

Para las tres y media de la tarde de hoy está anunciada la votación de varios proyectos, y en último lugar el de las garantías, y no se procederá á la votación de este sin que se haya aprobado el de cesión de terrenos á Barcelona, el de pensiones á las familias de los fallecidos por causas políticas, y el de abono de pagas á los militares emigrados por causa de la libertad.

Veremos lo que pasa.

Entretanto hay que notar que según parece no son los unionistas, á quienes se acusa de suscitarse obstáculos, los que impidieron la votación de los proyectos que han quedado pendientes.

El ministro de Gracia y Justicia, según dice *La Correspondencia*, va á presentar varios proyectos de ley á las Cortes, entre ellos el de la reforma del Clero y el del matrimonio civil, para que rijan con autorización desde primeros de año, sin perjuicio de que luego se discutan con toda la amplitud que se quiera.

A pesar de que conocemos muy bien el carácter revolucionario del Sr. Ruiz Zorrilla, no nos atrevemos á creer que se burle tan soberanamente de la soberanía nacional, pidiendo una autorización anticipada á la mayoría de la Cámara y abriendo luego discusión para determinar si es ó no conveniente el establecimiento de aquellas leyes. Con esto da claramente á entender el Gobierno que es una simpleza la consabida frase progresista: *la discusión sale la luz*, y luego que la mayoría de la Cámara es tan dócil que no vacilará en aprobar leyes que tienden á conmovir los cimientos de la familia, como el matrimonio civil, y que vulnere la natural independencia de la Iglesia, como la llamada reforma del Clero.

La familia y el sacerdocio han merecido siempre el respeto de todos los pueblos civilizados: son las dos bases más sólidas de toda sociedad bien organizada, y claro es que cuando se trata de hacer en ellos alguna alteración, en cualquier sentido que sea, no se piden autorizaciones provisionales como si se tratase de un reglamento de policía, sino que, dada la situación revolucionaria de nuestro país, se presentan formalmente en el palenque parlamentario y se discuten como se discute un cambio en las condiciones esenciales de un país.

Harto sabemos que todo esto de discusiones y de parlamentos es purísima farsa. Harto sabemos que los gobiernos revolucionarios hacen lo que les da la gana, sin temor á las mayorías hechura siempre del que manda. Sabemos también que el fin principal de todos esos proyectos de ley es desecristianizar á España, apagar la influencia de la religión en el pueblo, corromperlo para dominarlo mejor, pero aunque todas estas cosas sabemos, nos cuesta cierto trabajo creer en que el ministro de Gracia y Justicia no ha de guardar siquiera las apariencias de respeto hacia el país y hacia los que se llaman sus representantes, que algún interés tienen, se nos figura, en que no se miren de esa manera los fundamentos sociales.

Ayer hablabamos ligeramente de las consecuencias inmorales para la familia y para la sociedad que traerá consigo el matrimonio civil proyectado por el Sr. Ruiz Zorrilla.

Ayer también un periódico revolucionario, decía que el matrimonio civil «es el llamado á que la libertad se consolide y se arraigue para siempre en nuestra patria.»

Salvo la lengua castellana estamos conformes con el diario progresista, cuyas son las oscuras frases que acabamos de copiar.

El liberalismo es un árbol que necesita mucho abono para arraigar y desarrollarse. Por eso los liberales cuidan tanto de que los pueblos pierdan todo sentimiento de pudor, se degraden y se envilezcan destruyendo la santidad del matrimonio.

Mucho le ha escocido á *La Iberia* el artículo de *La Política* de que ayer dimos cuenta nosotros, demostrando que si los progresistas se atreviesen á presentar su candidatura á las Cortes, se habrían de ver en grave aprieto para obtener una mayoría decente, porque la unión liberal está dispuesta á unirse á las fracciones carlistas y republicanas.

La Iberia manifiesta no importarle nada para el triunfo de su candidatura de estas amenazas de *La Política*. Llega á decir que todo esto es natural en los ametralladores de los patriotas, en los reaccionarios impenitentes—(reaccionarios los unionistas)—y en los farsantes de siempre.

Y á pesar de que esto es natural, *La Iberia*

no tuvo inconveniente en aceptar la protección de los unionistas para venir de la emigración á gozar de las dulzuras del poder. Entonces se olvidó de que eran sus ametralladores y de que eran reaccionarios impenitentes. La flaqueza del estómago se sobreponía entonces á todas las consideraciones del mundo!

Ahora *La Iberia*, con el imperioso acento del vencedor, exige que la unión liberal declare francamente si está ó no con la revolución. ¡Qué candidez! Estas declaraciones no las hacen nunca ciertos partidos. Si les conviene, prestan su apoyo á un Gobierno; si no, conspiran contra él y lo derriban cuando más seguro se cree.

Esto ha hecho siempre la unión liberal, y en tal sentido, lo pasado responde de lo porvenir.

Las Cortes ha publicado un artículo abogando ardientemente porque se rompa la conciliación, que es en concepto del diario democrático un lazo que tiene abatida la política é impide moverse al Gobierno.

La Iberia da cuenta de ese artículo y lo aprueba, añadiendo que lo que ha de hacerse mañana es prudente que se haga hoy, «para evitar conflictos que en lontananza se dibujan y que no pueden tardar en realizarse si no se deslindan los campos convenientemente.»

Y cree de buena fe *La Iberia* que los conflictos á que alude, cualesquiera que sean, se evitarán rompiendo la conciliación? ¿No será de temer por el contrario que los conflictos se precipiten?

Pero nos parece que con conciliación ó sin ella la situación progresista está amenazada de muerte. No lo decimos nosotros; lo ha dicho *El Eco del Progreso*, que no hay que decir á qué partido pertenece, en los siguientes términos:

«...siguiendo como hasta aquí, no solo los carlistas, sino hasta las piedras, se levantarán contra el Gobierno, que caerá malamente y nos envolverá á todos los verdaderos liberales en su merceda ruina.»

«Esta es la verdad, desnuda y sin ambages.»

Hemos leído con mucho gusto el artículo que *La Epoca* de anteayer escribe acerca del Concilio, con motivo de las palabras pronunciadas en el Congreso por el Sr. Martos en contestación á una de tantas preguntas impertinentes, que el Sr. Carrascon acostumbra á hacer en odio á la Iglesia.

La Epoca, en presencia del Concilio, plantea la cuestión en términos precisos, y después de decir que todas las escuelas y todas las opiniones deben desaparecer ante el cuerpo completo y universal de la Iglesia, exclama:

«O somos ó no somos católicos.»

Si lo primero, no debemos manifestar dudas, desconfianzas ni recelo del Concilio. Si lo segundo, no debemos titubear; hay que aborrecerle, porque Concilio quiere decir unidad de doctrina, estipulación de la herejía, y volver los ojos á Napoleón, donde los libre-pensadores inauguraron hoy también su conciliábulo, donde van á repetirse los delirios de Ginebra y Lausana, y á quien Garibaldi acaba de saludar en una carta en la que apellida á Pio IX «monstruo de inmundicias.»

Somos católicos, tenemos que creer y afirmar que el Espíritu Santo está con el Concilio, como lo estuvo con la primera Asamblea cristiana que registra la historia; la de los Apóstoles. Ciertamente todas las escuelas y todas las opiniones deben callar cuando la Iglesia docente reunida en Concilio se dispone á desvanecer todas las dudas, y á definir y precisar verdades que son hoy objeto de tantas y tan lamentables controversias. Por eso nosotros, de ahora en adelante, procuraremos con esquisito esmero rehuir toda cuestión sobre los asuntos que, según parece probable, van á ser objeto de las decisiones del Concilio.

La Epoca cree y afirma que el Espíritu Santo está con el Concilio, como lo estuvo en la primera Asamblea verificada por los Apóstoles, y en todas las demás que han ido verificándose en el espacio de diez y nueve siglos. No puede figurarse *La Epoca*, que tantas veces ha sido injusta con nosotros juzgando explosiones del odio lo que no es sino calor de la convicción sincera y profunda, el regocijo que nos causa esa declaración terminante, que por extremo le honra. Cuando tanto lenguajez incoherente, cuando tantos políticos de pacotilla se la echan de doctores, y se rien con la risa de la estupidez, de una Asamblea á cuyos resultados dan importancia suma los Gobiernos serios, plácenos ver á *La Epoca* elevarse sobre las ruindades de la gárrula impiedad, y declarar que doblará su frente ante lo que la infalibilidad del Concilio determine. He aquí cómo *La Epoca* y nosotros hemos llegado á estar unidos en un punto esencial, que aceptándolo como punto de partida, es seguro que ha de llevarnos á un mismo fin.

Si *La Epoca* tiene el firme propósito de ser lógica con esa declaración, confiamos en que no tardaremos en estar completamente de acuerdo respecto de otras cosas menos esenciales, si bien de grandísima importancia para el orden y la felicidad de los pueblos.

La Epoca confiesa en su artículo que el Papa no dió la bula de indicción mirando al bien ó al daño de un partido ó de una escuela, sino á la conveniencia é interés de la Iglesia. El diario conservador es justo con el Soberano Pontífice, cuya grandeza de alma, cuyo corazón paternal no atiende más que al triunfo de Jesucristo en el mundo y á la dicha de todos los pueblos de la tierra. ¿Qué influencia de partido cabe en el ánimo de quien tiene en derredor de sí á numerosos representantes de todo el género humano?

Esperemos, pues, llenos de confianza en los acuerdos de la Iglesia universal; y ya que todos sus enemigos se coaligan para combatirla, coaliguémonos también para defenderla los que confesamos sinceramente la infalibilidad del Concilio ecuménico presidido por el Papa.

Presentando el coco de la restauración, que nadie teme, *El Imparcial* apela al patriotismo de los diputados para que resuelvan cuanto antes la cuestión de candidatura al trono.

Dice el periódico ministerial que el país

no tiene otro modo de manifestar su voluntad que las Cortes Constituyentes, y que estas, si no oficialmente al menos en sesión previa han dicho que la candidatura nacional es el duque de Génova.

¡Qué horror! ¿Y para venir á parar en esto escribe tanto el periódico del subsecretario de Estado?

El Imparcial vive en el limbo.

La Audiencia del territorio ha declarado comprendidos en el indulto que en Agosto último dió el gobernador de Ciudad-Real á los procesados carlistas Claudio Fuentes, Eugenio Búrghos, Toribio Ordoñez y Julian Estéban, que, como saben nuestros lectores, han sido defendidos por los abogados González Fiori, Trelles y Tro y Ortolano.

Felicitemos ante todo á los presos contra quienes se pedía veinte años de cadena, y también á los señores letrados que han contribuido en gran manera á esta feliz éxito con sus elocuentes y razonadas defensas.

Los periódicos portugueses nos trajeron ayer nuevas noticias de la agitación promovida en estos últimos días.

El ministro de Negocios extranjeros, Sr. Mendez Leal, ha pasado un oficio al duque de Saldanha, recordándole la conveniencia de ir á desempeñar su cargo de embajador de Portugal en Francia.

El indicado general ha preferido presentar su dimisión á salir de Lisboa en estos momentos en que se toman medidas violentas contra muchos oficiales del ejército.

Parece que las Cámaras portuguesas serán convocadas para el día 15.

Háblase en Portugal de la recomposición del ministerio en esta forma:

Duque de Loulé, presidente sin cartera.

Rodríguez Sampaio, ministro del Reino.

Luciano de Castro, Justicia.

Lobo de Avila, Hacienda.

Rebello de Silva, Marina.

Andrade Corvo, Obras públicas.

Pereira de Melo, Guerra.

Pero esta combinación no tiene más fundamento que el de un rumor.

Anunciábase la declaración del estado de sitio.

Hé aquí el espíritu y principales párrafos de la carta del duque de Saldanha, de que habla *El Telégrafo*:

«La carta empieza por decir que los hechos ocurridos en la capital le obligaban á exponer lealmente á la nación los motivos poderosos que habían influido en su ánimo para la conducta que había seguido. Recuerda sus servicios prestados á la patria en tres cuartos de siglo, y la opinión unánime de Europa sobre la parte que le cupo en alzar en el país las libertades públicas. Como soldado, como general, como hombre de Estado, dice, estuve siempre presente en las horas de peligro, sin dar nunca motivo á que se dudara de la lealtad de mis intenciones.»

Recuerda en seguida los sucesos de 1.º de Diciembre y las manifestaciones de afecto que cuidó de no alejar con su presencia; pero los agentes de policía, apostados en el teatro de doña María II, quisieron ahogar en manifestaciones de desagrado las pruebas de estimación que le iban dedicadas; sus bravos compañeros creyeron que le debían un desagravio recordando las veces que se habían hallado juntos en los campos de batalla, y convinieron en una manifestación que no tenía carácter alguno político.

Si se dirigía á intervenir en la organización del Gobierno, pues que sólo era un fraternal abrazo de amigos. «No lo quiso entender así el Gobierno de S. M., añade la carta, y víctima de terrores pueriles, antes de que la manifestación se realizara destruyó tres de los oficiales más caracterizados. Su crimen consistió en su carño. Reunímonos en mi casa militares de todas graduaciones, armas y edades, agenos á toda idea política, y cuando los hubo manifestado mi gratitud, suple el acto de violencia consumado por el Gobierno. Mi obligación era ir á palacio, y fui á exponer respetuosamente al rey lo violento de la medida tomada por sus consejeros responsables. Era el único recurso dentro de los límites de la legalidad, estando interrumpidas las sesiones parlamentarias. En el curso de la audiencia tuve ocasión de dar mi parecer sobre los negocios públicos con la franqueza y lealtad que he empleado siempre cuando ha deseado darme alguno de los miembros de la gloriosa dinastía que yo y mis bravos camaradas ayudamos á consolidar en esta tierra, al mismo tiempo que la libertad.»

Si de mi lealtad y franqueza se me acusa, acepto el reto, porque como ciudadano portugués, tendría derecho perfecto, cualquiera que fuese mi condición social, para aconsejar á la corona y á la nación lo que me pareciera más provechoso, y como duque de Saldanha, debo á la augusta prole de Pedro IV particularísimo amor, como de quien la vida tan floja y reciente, y hoy la considera floreciente y madura, pero no menos sujeta á tramas y amenazas de todo linaje de enemigos.»

Dice en seguida la carta que el rey respondió como soberano constitucional, y que él transmitió á sus camaradas la decisión, recomendando el respeto á las leyes y la obediencia á los poderes constituidos.

De aquí los vivos temores del Gobierno, como si en el caso, dice el duque de Saldanha, de tener á su disposición los cuerpos de tropas, no hubiera podido con ellos apoderarse de los incautos.

El duque de Saldanha concluye diciendo que como en 1851, quiere arrancar al país del abatimiento y de la opresión, y abrir al país una era de paz, de libertad y de progreso.

Habia llamado la atención que el Sr. Andrade Corvo, último embajador de Portugal en Madrid, hubiera asistido en Lisboa al Consejo de ministros.

A última hora anoche se recibieron noticias de haber sido declaradas en estado de sitio varias provincias, y se añadía que el conflicto tomaba cada vez mayores proporciones.

El *Diario popular* de Lisboa publica el mensaje de adhesión que la oficialidad del ejército portugués, de guarnición en aquella ciudad, ha dirigido al mariscal Saldanha con motivo de la manifestación celebrada el 1.º del actual en el teatro de Doña María.

El supremo consejo de justicia militar de que es presidente Saldanha publica también su manifestación á favor de este.

En la orden del día 7, del ejército portugués, se ha declarado exonerados al teniente de caballería D. Carlos Augusto de Fontes Pereira de Mello, al capitán de infantería D. Augusto César Munhoz y al teniente de su misma arma don Justino Augusto Teixeira.

Por último, el telégrafo nos comunica el despacho siguiente:

«Lisboa, 9.—El duque de Saldanha dice, en una nueva carta, que cuenta con la amistad de Castelar, de Prim, de Serrano y de Olózaga; pero que estos personajes están bien persuadidos de que él peleará por la independencia de Portugal. Desea la caída del ministerio, y asegura bajo su palabra de honor, que no se turbará el orden. Pedirá cuenta al gabinete de haber olvidado la defensa del país.»

La noticia recibida de Florencia de que el general Cialdini no había podido formar nuevo Ga-

binete, parece que ha producido honda sensación entre los genovistas.

A última hora continuaba en el mismo estado la crisis del ministerio italiano. Ni Cialdini, ni Lanza, ni Sella habían podido formar ministerio, y había temores de que tampoco pudiese formarlo el Sr. Cibrario, último á quien se ha dado el encargo, y aun se hablaba de llamar de nuevo á Menabrea.

Anoche anuncia *La Correspondencia* que la paga de los empleados del Estado para este mes no sólo está asegurada, sino que se satisfará el día 20 á todas las clases.

Participarán de ella los pasivos y, sobre todo, el Clero que en muchas diócesis sufre las mayores angustias por carecer de sus asignaciones?

Dice un periódico que tan luego como se restablezca el ejercicio de las garantías individuales, se llevará á cabo una gran manifestación en Madrid, en la que tomarán parte todos los elementos liberales, para protestar, según él, contra la tendencia que parece dibujarse en el Concilio ecuménico.

¡Qué gran golpe! Ahora si que se va á estrechar la Europa, más todavía que con las terribles declaraciones del Sr. Martos.

La Tribuna de Nueva-York, periódico favorable á los insurrectos, dice que las tropas españolas entraron en la Ciénega de Zapata, fusilando 122 cubanos. *El Cronista* dice que fué copada la facción con pérdida de 200 ó más muertos y 1,000 y pico prisioneros.

La comisión nombrada al efecto propone á las Cortes que se niegue la autorización solicitada para procesar á los diputados D. Juan Tutau, D. Pablo Alsina, D. Blas Pierrat y D. José Sorní.

Ayer se recibió en las Cortes el testimonio de la sentencia que ha recaído contra el diputado á Cortes D. José Ignacio Llorens; se le condena en rebeldía y en consejo de guerra á sufrir la pena de cadena perpetua.

Según escriben á *La Esperanza*, el día 22 del presente mes se vendieron en Teruel los bienes pertenecientes á las capellanías de sangre del pueblo de Cedrillas, inclusa la casa que de estos bienes se adjudicó al curato. Un atropello más.

Dice un periódico que el Sr. Ruiz Zorrilla no solo visitará á Valencia y Cataluña sino también á Zaragoza.

Las Novedades publica una carta de Lisboa que es notable por la insistencia con que se dice que el duque de Saldanha pasa por ser agente del emperador Napoleón y que de él ha recibido dinero según se asegura. A juzgar por el contenido de la mencionada carta, tenía algún plan relativo á España y á D. Fernando padre del rey de Portugal.

Adviértase que *Las Novedades* es diario montpensierista.

Según *El Eco del Progreso* anoche volvió á asegurarse que el Sr. Rivero se hallaba decididamente resuelto á dejar la alcaldía, al parecer, por diferencias de apreciación en la marcha política con uno de los principales ministros. Un conflicto más.

El gobernador civil de Barcelona ha cerrado el Circo ecuestre, el Casino del Principado y el Español y dos cafés.

Refiere *Las Novedades* que al salir la procesión de la Santísima Virgen en el pueblo de la Nava de la Libertad, varios alborotadores alteraron el orden dando vivas á Carlos VII y disparando algunos tiros, lo cual produjo la natural alarma, con cuyo motivo había salido tropa para dicho punto. Siempre vendremos á parar en que los carlistas, á quienes se presenta como promotores del alboroto, sin tomar parte en él, sufran, como de costumbre, sus consecuencias.

En vista de la falta de diputados en las Cortes, cuando en el salón de conferencias hay numerosos grupos que olvidan su carácter de legisladores, propone *El Imparcial* al Congreso que se publiquen diariamente en el *Diario de Sesiones* los nombres de los diputados presentes.

Un periódico revolucionario denuncia las estratagemas de que los montpensieristas se valen para recoger firmas á favor de su candidato en la provincia de Valladolid.

Según *El Imparcial*, ayer se decía en varios círculos que en el vecino reino de Portugal, y en un teatro, había ocurrido un hecho grave en un altísimo personaje del mismo y un individuo de la nobleza de dicho país.

Según *La Igualdad*, á consecuencia del profundo desagrado que se supone existe entre el Gobierno y el general Caballero de Rodas, se indica para reemplazar á este general Córdoba.

Decididamente los situacioneros sueñan aun despiertos con el partido carlista.

Hoy cuenta *El Imparcial* que en Calatayud se están haciendo alistamientos y que hay dinero abundante para ello.

Si esto es cierto, gran peligro hay de que se alisten muchos liberales.

La autoridad llama al general Sr. Martínez Tenas para que se presente á responder en la causa que se le sigue por exceso en el uso de licencia y palabras inconvenientes dirigidas por escrito al capitán general de este distrito.

La República Ibérica anuncia haberse inaugurado en la noche del día 3 del corriente en el Ferrol un templo masónico; hecho, añade, que acredita los progresos que va logrando la masonería en España.

¿Qué pestilencia no progresará hoy en España imperando la revolución?

La Gaceta de hoy publica los discursos pronunciados al tiempo de ser recibido por el Regente el ministro representante de los Países Bajos.

También publica el diario oficial un decreto del ministro de Hacienda aprobando el reglamento orgánico de la administración económica provincial que acompaña el mismo.

CORREO DE HOY.

Hé aquí un despacho telegráfico que no se ha dignado transmitirnos ninguna de las Agencias conocidas en España:

«Roma, 8 de Diciembre, á las diez de la mañana.—La ceremonia de la apertura del Concilio ha comenzado.

«Aunque está el tiempo lluvioso, una enorme muchedumbre llena el atrium y la gran nave de la basílica del Vaticano.

«El Papa, precedido de los Padres del Concilio, en número de setecientos próximamente, baja del atrium superior al ruido de todas las campanas de Roma y de los cañones de Sant'Angelo y del Monte Aventino.

«El Padre Santo lleno de fuerza y salud.

«La ceremonia continúa conforme al programa publicado.

«Las tribunas de la sala del Concilio están ocupadas por los soberanos y príncipes que se hallan en Roma, el cuerpo diplomático, los generales Dumont y Kanzier y gran número de notabilidades romanas y extranjeras.

«El aspecto de la sala del Concilio es espléndido y grandioso.»

El *Monde* publica este otro despacho de su servicio particular:

«Roma, 8 de Diciembre (á las once y media de la mañana).—El Concilio está abierto.

«La ceremonia ha comenzado á las nueve de la mañana.

«La procesión, á que han asistido cerca de 700 Padres del Concilio, ha sido magnífica: el desfile ha durado tres cuartos de hora.

«La misa solemne ha sido celebrada por el Cardenal Patrizzi.

«A pesar de la lluvia, una inmensa muchedumbre llenaba los pórticos y la plaza de San Pedro.

«Una emoción profunda reina en la ciudad: todo el mundo está lleno de alegría.»

Dice el *Monde* del 8:

«En París los fieles se agolpaban esta mañana en los templos para celebrar la fiesta de la Inmaculada Virgen, y pedir al Dios de la Verdad que derrame su luz sobre sus Apóstoles congregados. Estamos en una hora, solemne entre todas, que marca el más grande acontecimiento del siglo.»

El *Univers* advierte hoy á sus lectores, que es menester desconfiar de los telegramas de la Agencia Havas relativos á Roma y el Concilio, por ser esta Agencia servidora de los Gobiernos de Florencia y París.

Nosotros hacemos á los católicos españoles la misma advertencia.

Se decía en París que una vez terminada la discusión de actas se daría por finalizada la legislación, empezando otra á los pocos días ante la cual se presentará ya constituido el nuevo Gabinete.

Cada día es más alarmante la situación de Irlanda. Las autoridades piden la inmediata suspensión del *Habes corpus*.

Ha fallecido en París el Sr. Frágenas.

Parece que Lesseps será al fin nombrado senador de Francia.

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO

El Sr. García López ha presentado una exposición del marqués de Aguirre, para que se le devuelvan parte de los terrenos de la ciudadela de Barcelona, como dueño que era de ellos, y que se le indemnice por los perjuicios que se le han irrogado.

Después se leyeron y aprobaron varios dictámenes de diferentes comisiones, y se discutió el relativo al proyecto de ley que fija la fuerza del ejército para este año en 90,000 hombres.

El Sr. Soler combatió este dictamen diciendo que los Gobiernos liberales se fundan en la opinión y no en las bayonetas, y se extendió en largas consideraciones sobre la inutilidad que á sus ojos tienen los grandes ejércitos, afirmando que para asegurar el orden interior basta la policía, y que para defender la independencia nacional todo el pueblo está pronto.

El general Contreras le contestó brevemente.

TELEGRAMAS.

(De la agencia Fabra).

PARIS, 8 (por la noche recibido con retraso).—Consideranse infundados los rumores que han corrido sobre la imposibilidad de un nuevo Gabinete y sobre la próxima disolución del Cuerpo legislativo.

Asegúrase que el propósito de presentar la dimisión del ministro Sr. Jorcadé de la Roquette, reconoce por causa una grave discusión entre dicho señor y el ministro de la Guerra general Lebouf.

LONDRES, 9.—Muchas personas afectas al partido orleanista se proponen asistir á los funerales de la duquesa de Aumale, los cuales se celebrarán mañana.

Los periódicos publican un despacho de Nueva-York anunciando que se ha presentado al Senado de Washington una exposición suscrita por 30,000 ciudadanos de los Estados Unidos, solicitando el reconocimiento de los cubanos.

PARIS, 9.—En el Cuerpo legislativo el Sr. Rochefort ha protestado energicamente contra las risas con que se ha acogido su nombre. (El telegrama añade la frase que pronunció dicho diputado: pero esta parte del despacho está completamente ininteligible).

La Bolsa de hoy ha cerrado:

El 3 por 100 exterior español, á 26.

El 3 por 100 francés, á 72-35.

El 4 1/2 por 100 ídem á 102-50.

El 5 por 100 italiano á 54-70.

LONDRES, 9.—Consolidados ingleses de 92 1/4 á 95.

AMSTERDAM, 9.—3 por 100 portugués á 33-25.

LISBOA, 9.—Los periódicos publican otra carta del general Saldanha rechazando la idea de que él deje de ser partidario de la independencia de Portugal, y asegurando que el orden no se turbará.

ROMA, 8.—Se ha inaugurado el Concilio. Han asistido más de 650 Padres. La concurrencia es grande. Festejos é iluminaciones.

